SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *Historia de tres tardes*, por R. Ramírez Alvarez. – *Exposición Sorolla en Boston*, por Sebastián Cruset. – *Exposición Regional Valenciana.* – *Actualidades parisienses. Inauguración de los monumentos de Lamarck y Buffón.* – *La embajada turca.* – *Entierro de M. Chauchard.* – *Terremotos en el Mediodía de Francia.* – *El tenor español Federico Carasa.* – *Barcelona. Inauguración del Pabellón de Sericicultura.* – *Medalla conmemorativa del centenario de la muerte de Haydn.* – *Problema de ajedrez.* – *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). – *Madrid. El nuevo templo de la Paloma. Fiesta benéfica en el palacio de los duques de Montellano.*

Grabados.— *Monumento á la nación argentina*, proyecto de Agustín Querol. – Dibujo que ilustra el artículo *Historia de tres tardes* – *Vistas de algunos edificios de la Exposición Regional Valenciana y del Ginkhama ó carreras de automóviles.* – *Monumento á Lamarck*, obra de Fagel. – *Srta. Maille en la inauguración del monumento á Lamarck.* – *París. Llegada de la embajada turca.* – *Monumento á Buffón*, obra de Carlus. – Retratos de *Mrs. Z.*, *Mr. Kurtz*, *Mr. Taft*, *de la princesa de Battenberg y de la esposa del pintor Sorolla*, obras de Sorolla. – *M. Chauchard.* – *Entierro de M. Chauchard.* – *Terremotos en la región de Marsella.* – *Federico Carasa.* – *Medalla del centenario de la muerte de Haydn*, modelada por R. Marschall. – *Interior del Pabellón de Sericicultura de Barcelona.* – *Tres vistas de la fiesta celebrada en el jardín del palacio de los duques de Montellano á beneficio del nuevo templo de la Paloma en Madrid.* – *Huberto Latham en su monoplano.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He visto la Exposición del Círculo de Bellas Artes, la oncena bienal, que, ignoro el motivo, se llama también «la primera de primavera.» Las demás, las de otros años, fueron de otoño, por lo visto...

Ya sólo en este modo de dar principio á mi artículo se notará que escribo un tanto malhumorada; que la Exposición no me ha llenado, como suele decirse.

Por lo demás, voto con la inmensa mayoría, y soy aún más benévola que ella, puesto que, según se verá, algo encuentro en la Exposición que merece la visita. No falta quien se exprese con mayor severidad, á mi ver injusta. Lo que sucede es que, en un conjunto mezquino, desmedrado, marchito—no sé concretar de otro modo la impresión general que la Exposición produce,—las obras bellas desmerecen. Pasa lo que en las familias donde la mayor parte de las hijas no han debido halagos á la naturaleza. Se exclama: «¡Qué feas son las de X!,» sin reparar que alguna de ellas es hasta bonita...

Lo que noto, en primer término, es que esta Exposición se compone de cuadros pequeños; que dominan los paisajes, los bocetos y los estudios; en relación con otras, parece vista por anteojos de teatro colocados al revés. Es diminuta. No intento insinuar que esto sea un defecto: la magnitud ni pone ni quita. Me limito á observarlo. Los inmensos cuadránganos, de torneos, batallas, matanzas, procesiones, romerías, etc., han desaparecido. Los lienzos, presentados con su precio en catálogo, se han adaptado á las dimensiones habituales de las casas modernas. El sentido práctico lo impone.

Sin que esto sea despreciar, los precios, en su mayoría, me parecieron exagerados. Abundan las cifras de cuatro, de cinco, de dos mil y de mil pesetas. Sólo por excepción se piden, modestamente, sesenta, setenta y cinco. Es ya muy viejo mi pleito con los pintores, por los precios altos. No quiero decir que no valgan todos y cada uno de estos cuadros lo que sus autores juzgan que valen. No hay cosa tan difícil como tasar el arte. Pero el arte, lo mismo que las demás cosas de este mundo, tiene dos valores: el ideal y el mercantil. Y mercantilmente, dudo que sea acertado cargar la mano, aquí donde no hay mucho afán por comprar cuadros, donde los buenos antiguos se encuentran á precios relativamente módicos, y donde el mal gusto de lo moderno prefiere el decorado de tapicero y el grabadito inglés al cuadro original. Conviene advertir que muchos de los cuadros tasados altos, son, por su asunto ó por su escuela, impropios para colgarlos en salas ó comedores, y se comprenderá el por qué se retraen los aficionados.

En la primera sala tropecé con un amigo y paisano mío, persona opulenta, que se ha gastado millones en dotar á su pueblo de escuelas y lavaderos públicos, y tiene su casa ricamente alhajada con obras de arte, adquiridas en Italia algunas de ellas. Pues bien: este pudiente señor me enteró de que iba animado á comprar algo, pero que le parecían los precios excesivos... Creo que será un argumento en pro de mi tesis. Ni era un pobre, ni un tacaño, quien así se expresaba.

¿Y los demás? Los demás proclaman su opinión, no ocurriéndoseles siquiera comprar...

Y sin embargo, todos los días tienen compradores otros objetos de lujo. En los bazares elegantes se despachan á porrillo artículos de menos valor y más coste tal vez que el cuadro; artículos puramente industriales. Pero hay que tener en cuenta que la multitud no entiende de arte, y al adquirir un cuadro, sufre la sensación angustiosa de la duda, de no saber lo que adquiere; esto hace que el público comprador de cuadros sea restringido, mientras se despachan bien falsos tibores, candelabros de *toc*, figuras de *biscuit* y muebles imitación Imperio. Y á ese público hay que atraerle con el señuelo de precios moderados, hasta conseguir que el cuadro entre en las costumbres y se cuente en el número de los objetos suntuarios de habitual consumo. Esto no es una fantasía: en otros siglos el cuadro (entonces religioso é icónico, santos y retratos) completaba el mobiliario de las casas algo acomodadas.

Lo que más se destaca en esta Exposición—en todas hay algo que se destaque,—son las obras de Hermoso, Maximino Peña, Beruete, y pudiéramos añadir Chicharro y López de Ayala.

Hermoso ha conseguido crearse una personalidad. Es un pintor de tierra, respira tierra, se desbordan en su paleta las tierras, y sus modelos parecen amasados con terrón de Castilla. No es el alma de Castilla lo que siente, como el Greco; es el barro, es la secura castellana. Es la estepa. Yo no diré que sea este género el que más atrae; pero sí digo á boca llena que Hermoso obliga á admirarlo. Hay en sus cuadros trozos que consagran al gran artista. Su factura, árida también como la tierra, á veces sorprende por el vigor. En la última Exposición todos nos quedábamos embobados ante la verdad de una sandía de Hermoso; en ésta, un pañuelo de alfombra, el que luce *Manolita*, nos deja atónitos, porque parece que es la tela, no pintura. No diré que Manolita no sea interesante; pero prefiero su pañuelo de alfombra. Y no argüiría nada en contra del arte de Hermoso la superioridad de los accesorios sobre las figuras, porque tal fué el carácter de otros realistas, como Teniers y Breughel; pero es justo decir que algunas figuras de Hermoso son de una fuerza de ejecución y de sinceridad que subyugan.

Pintor generalmente fecundo, en esta Exposición sólo presenta dos obras: el *Zagal*, que recuerda mucho, en el modo de estar puesto, conocido cuadro de un gran maestro español; y *Manolita*, que es sencillamente un estudio de mujer... y de mantón de alfombra.

Maximino Peña, artista concienzudo, ha progresado muchísimo desde que presentó sus primeros trabajos. Hoy domina la factura, y sus dos pasteles, *Sancho* y *El pudor*, especialmente el primero, son muy admirados. *Sancho* tiene el vigor del cuadro al óleo más intenso. Es un *tour de force*. Y los interiores de Peña (por cierto tasados en precio moderado, aceptable) revelan también un pincel ya dueño de su arte, una mano habilísima.

En cuanto á los paisajes de Aureliano Beruete, han sido mil veces ensalzados, y su autor es del número de los indiscutidos. Su estilo absolutamente verídico no le impide ser poeta de la naturaleza, porque no se ha encerrado en una deliberada y sistemática visión de lo vulgar ni de lo feo, sino que, sin dejar de reproducir aspectos severos y sencillos de la realidad, otras veces descubre rincones de una belleza encantadora. No falsifica la verdad Beruete; lo que hace es no resistirse á la verdad hermosa, cuando se la encuentra (porque tampoco entra en sus dogmas el buscarla).

Así, Beruete reproduce la severidad triste de la campiña castellana, pero de improviso sus paisajes se alegran con la explosión del florecimiento de los almendros, manzanos y perales, en una gloria blanca y rosa que regocija los ojos, ó su pincel se baña en los tonos anaranjados, rosados, cocidos al sol, de ciertos aspectos de Toledo, donde la luz, como en Venecia, es especial, distinta de las demás luces. Beruete, esclavo de la realidad en todo, lo es religiosamente en esto de la luz, según las horas, las estaciones, los climas; y es seguro que si sus cuadros se viesen en el mismo punto en que los pintó, parecerían un pedazo de la naturaleza colocado en el lienzo. No todos los paisajistas son tan esclavos de la transcripción fiel, y sin salir de esta Exposición pequeña, encontraríamos pruebas evidentes de que un paisaje es un estado de alma, y de que los célebres jardines de Rusiñol influyen aún en la fantasía de los pintores.

Habría que mencionar con elogio un *panneau* de Alvear; un autorretrato de la condesita de Benomar, en el cual, caso raro en mujer, esta linda muchacha se ha desfavorecido bastante; un cuadro de Blesa, la *Cuadriga humana de Temístocles;* otro cuadro de Chicharro (no de los mejores de este artista justamente renombrado y cuyos discípulos acaban de organizar una Exposición aparte), *El cofrade mayor;* habría que echar un piropo—á pesar de las disposiciones en contra—á la garbosa mocita de López de Ayala, que no tiene otro defecto sino costar la friolera de 5.000 pesetas; no habrá que olvidar las marinas de Llorens, ni los poéticos estudios de Maldonado, ni el exactísimo retrato del marqués de Estella, por Morelli; ni el bonito *Arbol amarillo* de Palacio y Freire Duarte, ni el rincón de aldea de Souto, ni los bellos estudios de Saint-Aubin... El que estos trabajos, aisladamente, tengan derecho á mención, no implica que la Exposición no sea, como he dicho al empezar, algo mustio, que delata más bien un decaimiento en las fuerzas productoras, un momento de postración en el arte nacional...

* * *

Y si fuese lícito aproximar dos ideas tan desconformes é incongruentes, también diría que la decadencia más dolorosa se advierte en algo que no falta quien califique de arte... Hablo de los toros.

El industrialismo se ha apoderado de esta fiesta, buscando en ella ganancias prontas y pingües. Así como pudo notarse que todo el mundo se cree capaz de hacer novelas, desde que las novelas se pagan para publicaciones ilustradas semanales y para bibliotecas tendenciosas, todo muchachillo despabilado, todo mono sabio soñador, se ha sentido diestro desde que las plazas han pululado, desde que se ha hecho internacional el toreo, y desde que los grandes maestros de este juego terrible han desaparecido. Los toreros con diminutivo pululan y se disputan una «gloria» que no llegan á disfrutar: su falta de pericia, su vocación al suicidio, les van tronchando en la áspera flor de su juventud bravía; muertes obscuras, que ya no impresionan, como impresionó la del *Espartero*, ni llevan detrás del ataúd, porteado en hombros de mocetones, el gentío inmenso, consternado, que vi yo rodar como un torrente acompañando al *Espartero* á la última plaza, la del eterno silencio...

El domingo 6 de junio de 1909 merece el nombre de «día sangriento» que le aplican los periódicos. Diez ó doce cogidas, á cual más grave y cruel, lo señalan. En Algeciras, *Bombita* empitonado por el muslo izquierdo, lanzado al aire tres veces y saliéndole el asta por las posaderas—á mí no me suena eso de la «región glútea.»—En La Palma, *Canario* y otro torero, volteados ó arrollados. En Cartagena, un espada y un banderillero, *Jaqueta* y *Pachines*, tres ó cuatro veces campaneados y corneados. «El espectáculo—dice un periódico—fué verdaderamente horrible.» «El toro, cansado de herir, salióse suelto en dirección á un caballo...,» añade el periódico; pero yo digo que no iría el toro hacia el caballo con ánimos de darle un ósculo fraternal. En Sevilla, á pares también las víctimas. Digo mal: fueron cuatro. Un diestro que atiende por el *Trueno*, otro diestro mexicano llamado el *Serio*, otro diestro llamado Tello (así anda ello) y un heroico aficionado llamado Borge, que en pago de su temeridad al arrojarse al ruedo á divertirse con una muleta, fué ferozmente corneado y quedó moribundo. Y como toda tragedia tiene sus aspectos grotescos, el sainete ocurrió en mi pueblo natal, Marineda de Cantabria. Hubo allí, como era de rigor, su correspondiente cogida; *Dominguín* anduvo por el suelo; pero no corrió sangre, y por consiguiente no causó escalofrío. Dos espadas «de la terruña,» dos, nada menos, iban á debutar; ya tenían su traje de luces y todo, muy majo; pero, según noticias, llegado el momento fatal, los dos muchachos empezaron á echarse la cuenta de Aquiles: ¿cuál vale más, una vida larga y obscura, ó breve y gloriosa? Y á diferencia del rubio hijo de Tetis, optaron por la primera, mandando al diablo á los bichos, que no salen á la plaza disecados, sino vivitos y coleando y mugiendo... No hubo razones, no hubo autoridad que bastase á persuadir á mis paisanos de que al cornúpeto no debe acercarse un hombre de bien, á menos que se lo presenten dentro de una jaula ó en biftecs con limón... Y allí se quedó el traje de luces, y allí la guapeza cantábrica, y yo supongo que los diestros habrán arbitrado un nuevo sistema de ganarse la vida, ya que con buen acuerdo pensaron lo que más filosóficamente les convenía, y rehuyeron—algo tardíamente—intentar lo que no puede realizarse...

Yo soy de tiempos en que se toreaba sabiendo torear. Esto solo diferencia profundamente la época actual de aquélla, ya semifabulosa. Ahora se paga mucho dinero, no por ver destrezas y gallardías, sino por presenciar horrores. Huyamos de esas plazas donde se presiente la catástrofe desde que se despliega el trapo. Huyamos de la aburrida carnicería...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

© Biblioteca Nacional de España